

LAS RELACIONES ENTRE CATÓLICOS Y PROTESTANTES

(Junio 1992)

Históricamente, en Cuba las relaciones entre la Iglesia Católica y la amplia gama de confesiones protestantes que existen en nuestro país fueron difíciles y a veces tensas, dependiendo de las características de cada grupo religioso protestante y de la estrategia que desplegaran frente a la Iglesia Católica. Las diferencias entre las distintas confesiones protestantes existentes aquí han sido grandes, pero se daba casi siempre una unidad operativa entre ellas en sus posturas ante la Iglesia Católica, que era colocada habitualmente a la defensiva, como el enemigo a derrotar.

Creíamos que esto era ya una triste historia pasada entre nosotros, la historia que no debía siquiera ser recordada, si no fuera porque esos métodos tan reprobables están haciendo de nuevo su aparición en nuestros campos y ciudades. Por los relatos de algunos párrocos, religiosas y laicos de nuestra Iglesia, los seguidores de distintas congregaciones protestantes, sea en campañas de evangelización, sea en celebraciones públicas en nuevos lugares de culto que esas congregaciones van abriendo en diversos sitios, o en sus mismas reuniones habituales, repiten los viejos argumentos anticatólicos y atacan duramente a la Virgen de la Caridad, la figura del Papa, el celibato de los sacerdotes, el culto de los santos, etcétera. No es infrecuente escuchar acusaciones de «idolatría» lanzadas contra los católicos porque «adoran» imágenes o referencias al Papa como al anticristo, o hacer mención de la «acción del demonio» en el culto católico.

El hecho de que determinadas actividades protestantes son publicitadas en cierto grado por los medios de comunicación social cubanos puede crear en el pueblo la impresión errónea de que las confesiones protestantes gozan de algún tipo de aprobación en esos ataques a los católicos. En estos momentos cobran matices especiales esos viejos métodos.

La evangelización de nuestro mundo, incluida la de nuestro pueblo cubano, no puede hacerse a partir de la división de los cristianos. Si es verdad que hay confesiones cristianas distintas, y ya esto es un mal, puede existir el respeto, y aún más, el amor, entre los seguidores de Jesucristo, que deben anunciar al único Salvador, sin entrar en ataques a otras confesiones, pues estos pueden resultar hirientes y desdichan de la caridad cristiana, que es el distintivo del seguidor de Jesús de Nazaret: «Ámense unos a otros como yo los he amado».

La súplica de Jesucristo, «Padre, que todos sean uno para que el mundo crea», si bien no puede cumplirse lamentablemente aún, después de las fracturas y divisiones surgidas de criterios y concepciones diferentes, puede al menos realizarse paso a paso en el amor, el cual, aun reconociendo lo que nos separa, pone el acento en lo que nos une y, sobre todo, crea un clima de respeto al hablar del otro.

La Iglesia Católica en nuestra Arquidiócesis de La Habana y en otras diócesis de Cuba está realizando una misión evangelizadora. El Papa Juan Pablo II ha pedido a la Iglesia Universal que los católicos celebremos los 2000 años del nacimiento de Jesucristo con una evangelización nueva en su ardor, nueva en su expresión, nueva en sus métodos.

Es evidente que esta acción evangelizadora consiste en llevar el anuncio de Cristo Salvador a los hermanos, pero en nuestro programa misionero no se incluye ningún

ataque a otras confesiones cristianas protestantes y no vamos a variar estos propósitos porque hayan surgido estas penosas experiencias que hemos descrito.

Es importante que no se ahonden las divisiones entre cristianos y que ninguno de los que deseamos servir al Señor y anunciar el Evangelio cedamos a la tentación de gastar nuestras energías en atacarnos unos a otros. Esto no puede ser obra del Espíritu Santo, que es agente de unidad y de comprensión, por lo tanto, debemos rechazarlo como contrario al designio de amor y unidad que Cristo Jesús nos deja en su Evangelio al describirnos cómo debe ser su Iglesia.

Acabamos de celebrar la fiesta de Pentecostés, la venida del Espíritu Santo sobre los discípulos de Cristo. El Espíritu Santo lanzó a los apóstoles a las plazas, los llevó hasta los confines del mundo con un solo empeño: anunciar a los hombres que «tanto amó Dios al mundo que nos envió a su Hijo». Este, al morir en la Cruz y resucitar en gloria, vence al odio, a la muerte, triunfa de las tinieblas del pecado, nos perdona y nos hace participar de su misma vida divina. «Jesucristo ayer, hoy y siempre», es el centro de nuestro mensaje, la Buena Noticia que no podemos dejar de proclamar. Que nada humano, que ningún criterio terreno nos distraiga de esta misión.

Con mi bendición.